# Muerte en el bosque

Fernando estaba completamente confundido, desorientado. El accidente que acababa de sufrir lo había puesto en otra onda; en otra atmósfera. Ni siquiera reconocía dónde se encontraba. Su seguridad siempre había sido motivo de su propio envanecimiento, y por ello creía increíble su actual situación de perturbación.

Se sacude levemente la cabeza e intenta pensar qué ha pasado y qué ha de pasar. Mira hacia ambos lados, y evidenciando su temporal nihilidad; se sienta en un altozano. Piensa. Intenta reajustar los hechos acontecidos, para comprender su realidad. Se esfuerza en recordarlo todo, y aparecen los primeros síntomas de realidad. Comprueba que su automóvil sigue incrustado en aquel árbol. Ahora recuerda, tuvo una llamada de su hijita, se puso nervioso, perdió el control y se salió fuera de la calzada. Pero…no recuerda el motivo de la excitación. Se lleva la mano al bolsillo donde debía estar el móvil, pero lo encontró vacío. Mira en el auto y lo encuentra listo para el basurero.

Sin otra posibilidad comienza a andar. Sigue la calzada adelante, con esperanzas de encontrar a alguien para pedir socorro. Pero nada más encuentra curvas, curvas y más curvas.
Tras muchos minutos andando, ya que afortunadamente no adolecía de nada importante, encuentra un puente que cruza una presa. Conoce perfectamente ese puente, lo ha cruzado en incontables ocasiones. Sabe que tras ese puente encontrará a Santa Catalina, una preciosa comarca donde ha vivido desde que hace ahora veinte años. Pero no sabe si podrá reunir las fuerzas necesarias para atravesar de nuevo aquel puente. No lo hace desde que ocurrió aquello. Desde entonces siempre da el rodeo de casi veinte kilómetros para llegar al pueblo. Pero ésta vez es algo urgente, además no puede recorrer tantos kilómetros en aquellas circunstancias. Se decide y comienza a dar un paso tras otro para conseguir vencer a su propio miedo. Justo al pasar por en medio de aquella plataforma, escucha un chillido agudo y seco. Provenía de la maleza, más allá del puente. Fernando siente cómo se paralizan todos sus músculos. Vuelve a su memoria episodios de su pasado. Pero tiene que reaccionar, alguien puede estar en peligro y él mismo necesita ayuda. Todavía dubitativo, reemprende el camino en esa dirección. Por la intensidad del grito, piensa que no se había producido muy lejos de allí. Aquello, especuló, significaba dos cosas; que alguien está en peligro, o que la única persona que podía ayudarle ya no puede y ahora el que está en doble riesgo en él. Pero en cualquier caso tenía que descubrirlo, no por heroicidad, sino por necesidad propia.

Fernando es un corpulento cincuentón mucho más magnético que atractivo. Las facciones son de una persona que ha vivido muchas y diversas experiencias. El poco pelo que le queda, lo tiene peinado hacia atrás y al quedarle mucho menos en el centro que a los lados; podía pasar de payaso sin necesidad de llevar peluca. Pero el resto de rostro le elimina cualquier posibilidad de hacer reír a nadie. Siempre serio e introducido en un mundo lleno de responsabilidades y algún que otro trauma, le obligan a no sonreír jamás. Sus ojos dicen mucho de él, y a veces casi asesina sólo con la mirada. Es egoísta, ambicioso y bastante cascarrabias; pero a veces tiene un raro sentido del humor hiriente y sarcástico.
Traspasada aquella fabricada elevación del terreno, se introduce de lleno en un exuberante bosque que ocasionó la rápida caída de la tarde.

La calzada es ahora un estrecho sendero. Los árboles se confunden entre ellos, y siente una especie de humedad que le envuelve. Aquel puente lleva directamente al bosque de sus miedos y Fernando está ahora más confuso que nunca. ¿Prosigue para descubrir lo sucedido y pedir ayuda para ambos, o vuelve a la calzada? Pero en caso de volver a la calzada ¿cómo va ha recorrer mas de veinte kilómetros para llegar a una comarca que no está a mas de tres atravesándolo? Empezaba a tener un agudo dolor de cabeza.
Nuevamente toma la decisión de seguir. Examina su alrededor y percibe que en su mente existe mas fantasmas que en la realidad. Sabe que todo recto, un poco al noroeste de la maleza hay un pequeño claro. A partir de allí, todo se va aclarando hasta que el bosque deja paso a un hermoso valle, y en él Santa Catalina. Sigue adelante, pero manteniendo los sentidos en el bosque por si encuentra la persona propietaria del chillido.
No se percata que pisa un suelo lleno de raíces y tropieza con una de ellas. Casi pierde el equilibrio, pero adelanta rápidamente la otra pierna y se salva de la caída. Se deja caer sobre un árbol que tenía cerca y…lo descubre.

Era de esperar, aquel gutural grito no podía traer nada bueno. Justo en la base del árbol, desplomada de bruces e irremediablemente muerta, se encontraba una hermosa criatura de no más de diecinueve años. Entre ramas, barro y un exagerado charco de sangre; descubre largos brazos y piernas que confluyen en un estilizado cuerpo desnudo. Las magulladuras en las muñecas y en los tobillos dejan ver los claros síntomas de violencia a los que ha estado sometida. Con las piernas flexionadas y los brazos abiertos de par en par, parece que la extenuación fue la cómplice de su verdugo.

## CAPÍTULO II

Santa Catalina son un conjunto de típicas casas de montaña rodeando un espectacular lago, donde se aíslan los pudientes de los áridos días de verano. A pesar que muchos de sus habitantes viven de forma permanente allí, es un lugar turístico, o al menos popular entre la comarca, que aprovechan los domingos para abandonarse en ella. Allí se encuentra una pequeña parroquia, varios bares y restaurantes de campo, una pequeña tienda que hace las veces de ambulatorio y una comisaría. Allí fue donde Fernando denunció su hallazgo y su accidente. Le tomaron declaración y le indicaron que de momento, por seguridad, no podía salir de la comarca. Era el único testigo, y sin saberlo, principal sospechoso de un escabroso caso de homicidio.

La entrada al bosque estaba completamente precintada por la policía local. Varios coches patrulla conformaban un concierto de luces color añil. Adentrados en el bosque; un tropel de funcionarios sin saber muy bien cómo actuar, esperan al grupo de investigación de la Guardia Civil.

Fernando se encuentra en una habitación de la enfermería. Está descansando. Tras los sustos, la declaración y las curas, necesitaba un poco de tranquilidad. Al fin y el cabo, él no tiene nada que ver con todo aquello.

Abren súbitamente la puerta

- ¿Señor Fernando Cepeda por favor?
- Sí, soy yo.
- El comisario le pide que me acompañe, por favor.
- Pero…si acabo de estar con él. Ya he declarado todo lo que sé.
- Lo siento señor, tengo orden del comisario de llevarle a su presencia.
- ¡Está bien, como quiera!

Pero ésta vez no se dirigía al despacho del comisario, iban al tanatorio. Lo sabe muy bien porque allí le dio su último adiós a su mujer. Desde aquel incidente, que hace ahora siete años, no ha vuelto por allí, pero recuerda perfectamente el recorrido. Llegan y el policía local lo acompaña hasta llegar a una sala dentro del tanatorio. Allí se encuentra el comisario Morales. Lo conocía de sobra, desde la niñez que estudiaron en el mismo colegio; solo que ambos siguieron caminos distintos. Jaime Morales se inclinó hacia lo seguro, sacó las oposiciones para policía y Fernando se inclinó hacia el imprevisible pero rentable mundo de las finanzas.

Seguía teniendo casi el mismo aspecto. Alto, recio y con unas canas que le daban un aire de interesante que en realidad detestaba.

- ¡Hola Fernando¡ Me gustaría haberme reencontrado contigo en otras condiciones, pero…ya ves.
- ¡Que tal Jaime¡ ¿Dime, para qué me traéis aquí?
- Siento molestarte, pero eres nuestro único enlace con la víctima. Nadie la reconoce y el resultado de las pruebas digitales tardará un poco. Sin embargo, tenemos algo… ella tenía tu número de teléfono en su listín telefónico.
- ¿Mi número de teléfono, quién es?
- Eso esperábamos que nos lo dijeras tú. ¿Te importaría reconocerla? es puro protocolo, pero necesario.
- ¡Claro! Si con ello os ayudo en algo.
- Acompáñame, por favor.

Los dos se encaminan al depósito de cadáveres y Jaime extrae de un larguísimo cajón, lo que parecía la mujer del bosque cubierta por una sábana. El comisario agarra los bordes de la sábana y la dobla sobre el cuerpo hasta el borde del cuello.

- ¡Dios mío!
- ¿La conoces? – le pregunta al tiempo que Fernando se lleva rápidamente las manos a los ojos.
- ¡Dios de mi alma, claro que la conozco! Es mi hija.

## CAPÍTULO III

Fernando tuvo que ser abatido por los ayudantes del comisario y el médico, inyectándole un tranquilizante, lo redujo y ahora se encuentra nuevamente en enfermería. Todavía se encuentra en esa especie de vigilia donde ves cosas raras, ni te duermes ni estás completamente despierto y no puedes moverte nada. Lo ve todo envuelto en una nebulosa que lo hace más irreal si cabe. Nuevamente los fantasmas del pasado vuelven. Ahora empieza a recordar algunas cosas. Recuerda cómo su madre le obligaba a masturbarla cuando él no contaba con más de seis años. Recuerda cómo dos de los trabajadores del cortijo, al verlo con trece años masturbándose en uno de los rincones de la finca, le chantajearon con decírselo a su severo padre. Su penitencia: realizarle a los dos una felación. También recuerda cómo obligó, en el bosque del puente y también a través del chantaje emocional, a su hija a tener relaciones sexuales con él a la corta edad de catorce años. Todo aquello lo pasó, lo superó gracias a la Psiquiatra. De la que se enamoraría tras el trágico accidente de su mujer. Según la Psiquiatra padece una enfermedad psicótica. Una especie de esquizofrenia, pero reversible con el apoyo de un buen tratamiento y una buena sociabilización. Ahora se echaba la culpa de la mala suerte de su pequeña. No la veía desde que ella se escapó con aquel muchacho de Santa Catalina. La quería profundamente, tanto es así que confundió un cariño por otro distinto. Pero nunca hubiera permitido que nadie le hiciera daño. De hecho, casi nunca dejaba que nadie se le acercara. Por eso tuvo aquella discusión con ella cuando le dijo por teléfono que estaba embarazada. El lagrimal se humedece y se queda dormido.

Jaime llega a su casa. Está cansado y se echa en el sofá de orejera que tiene frente a la chimenea, rodeados de libros de consulta. Tiene una hermosa casa al lado del lago, grande pero confortable y acogedora. Su segunda mujer murió de cáncer hace cuatro años. Él es el responsable de la comisaría de Santa Catalina y escritor. Escribe relatos literarios con relativo éxito y colabora en el periódico de la comarca.
Una estruendosa música baja las escaleras de madera que une el recibidor con la segunda planta.

- ¿Marta, eres tú?
- ¡Si, señor comisario!
- Baja la música hija, se escucha hasta en cinco kilómetros a la redonda.
- ¡A las órdenes del señor comisario! – obedeció con un cierto retintín.

Jaime suspira y masajeándose las sienes, se esfuerza para concentrarse en el caso de Elizabeth. Jamás habían tenido un caso de asesinato allá en la comarca. Suele ser muy tranquila y como mucho algunos asuntos de escándalo público, algún que otro robo y poca cosa más. "Vamos a ver…" piensa en voz alta. Siempre que puede, suele hacerlo. Parece darle más claridad, más objetividad a los casos estudiados. En ese ejercicio de desdoblamiento, consigue alcanzar la perspectiva para entender mejor. "…Tenemos un cadáver de una chica de veinte años, embarazada. Presenta un corte limpio en el cuello. Muerte por desangramiento. Magulladuras en las muñecas y los tobillos. El padre al parecer no lo sabía. Tras la segunda declaración asegura tener buenas relaciones con su hija. Disputas como todos los padres con sus hijos. Declara que se fue de casa hace un año para vivir con un tal Ramiro, que vivían aquí en Santa Catalina, pueblo natal del padre, el que dice no haber venido nunca a verlos; por motivos de trabajo. Ese Ramiro dice conocerla y confirma que actualmente vivía con ella en casa de sus padres. Aquel día tuvieron una discusión y ella se fue de casa. Los padres del muchacho confirman por separado la misma historia. El padre asegura haberse encontrado a la víctima en el bosque, sin advertir que se trataba de su hija. La coartada del muchacho: los padres confirman haber estado con él durante todo el día. Por otro lado Fernando no tiene coartada, pero creo que es sincero con sus sentimientos…"

Suena el teléfono.

- ¿Señor comisario?
- Sí, dígame.
- El departamento de investigación ha encontrado algo
- ¡Voy enseguida!

Un grupo de tres guardias civiles vestidos de paisano saludan al comisario. Se sientan todos en la mesa de reuniones, cierran las persianas para ver mejor el retroproyector y ponen una radiografía de la zona genital de la víctima.

- La víctima estaba de dos meses de gestación. Al parecer le habían introducido una fina, pero larga barra de acero por la vagina para reventarle el feto. Para ese fin la habían atado de pies y manos. Acto seguido habían utilizado una especie de consolador…un poco especial. Era uno de látex personalizado en el que se habían incrustado innumerables agujas, para desollar la vagina de la víctima. Le hicieron tragar doce condones y le hicieron correr desnuda, al menos durante más de quince

minutos por el bosque. Finalmente fue degollada y como bien nos dijo el comisario; su muerte fue por desangramiento. Eso es lo que nos ha revelado la autopsia.

Jaime tuvo que sentarse. No estaba acostumbrado a tales grados de sadismo. Era un policía normal, de un pueblo normal donde ocurrían cosas normales. Aquello se salía de toda imaginación pueblerina.

- ¿Le ocurre algo señor, llamamos al doctor?
- No, gracias. No es nada. Es que…mi hija tiene esa edad, y no me quiero imaginar que le hubiera pasado a ella.
- Entiendo.
- Una cosa más. ¿Fue violada? –Inquirió Jaime.
- No hemos encontrado vestigios de violencia, aunque sí semen en la víctima.
- Muchas gracias por sus servicios.
- ¡A la orden!

# CAPÍTULO IV

Ramiro, un chaval alto y guapo, rubio y ligón; se encuentra en su habitación. Está nervioso. No deja de mirar unas fotografías que saca de una caja de regalos. Está llorando. Pasa las fotos de una a otra con la mano temblando. Son de Elizabeth, entre las fotos; hay una a la que presta más atención que a las otras. Elizabeth está desnuda, amarrada de pies y manos; y con una expresión de espanto en su rostro. Se lleva la mano a la boca, en claro gesto de arrepentimiento. Mira en la misma caja de las fotografías y saca un consolador de látex, lleno de ensangrentadas agujas salientes. Es el mismo que aparece en una de las fotos donde su novia está siendo penetrada a la fuerza con dicho artefacto.
Lo tira todo al suelo y se lleva las manos a la cara. Llora con rabia.
No es consciente que algo en la habitación se mueve. Albergado en la oscuridad, una figura sigilosa acecha emulando al más astuto de los depredadores. Porta en su mano derecha un inmenso cuchillo lleno de ira. En su mano izquierda una larga cuerda y en sus ojos toda la furia de alguien desesperado. También ve las fotos y el consolador. Sin dar tiempo ni siquiera para la sorpresa, le enclava el arma blanca en el muslo a Ramiro y lo inmoviliza en el sofá. Tras el grito de dolor, Ramiro reconoce en aquella figura que encarna el horror, al padre de su novia recién asesinada. Con la cara desencajada y los ojos con un brillo lleno de rencor rayando la locura, se acerca al joven. Lo hace de forma flemática, casi con saña. Lo hace porque sabe muy bien el horror que inspira. Los músculos faciales completamente tensos y la mandíbula inferior sobresalida, haciendo casi chirriar los dientes por su presión. Se acerca tanto que hasta casi puede oler la fórmula química que Ramiro se aplica para los granos. Se detiene a unos dos dedos de la nariz, lo mira con los párpados medio cerrados e inclinando la cabeza manteniendo una mirada aniquiladora y al borde de la demencia.

- Como te muevas, te mato de dolor – dijo Fernando, masticando cada palabra pronunciada.

Ramiro intenta mascullar algo, pero el miedo paralizó todo su cuerpo. Un sudor frío y delator, comienza a asomar por su frente.

- ¿Fue placentero? ¿lo pasaste bien con mi HIJA?

Fernando parece que está a punto de estallar. Se encuentra completamente alterado. Sin previo aviso se dirige a su víctima particular para atarla, cuando ésta le golpea con la pierna que le queda libre. Mientras Fernando se reincorpora, Ramiro se extrae con mucho esfuerzo y

dolor el cuchillo encajado en la pierna y se abalanza contra su agresor. Le hinca su propio cuchillo en el hombro. Fernando grita, mientras Ramiro intenta escapar de aquel loco. El padre de Elizabeth corre hacia él, saltando como un guepardo sobre una gacela. Encima de él, se saca el cuchillo y lo tira. Se levanta del suelo agarrando a Ramiro con fuerza, y lo empuja sobre la pared. Éste queda totalmente inmóvil. Fernando se sorprende, pero no termina de estar seguro de lo que ha ocurrido. Lo suelta y cae desplomado al suelo, con una honda herida en la nuca. El esquizofrénico mira a la pared, y se percata de una alcayata totalmente ensangrentada. Coge el cuchillo de nuevo. Se acerca al cadáver. Tiene intención de descuartizarlo. Mira de reojo nuevamente las fotografías y desiste de su intento. Coge el teléfono y marca un número:

- Quiero hablar con el comisario Morales.
- ¿De parte de quien por favor?
- Soy Fernando Cepeda, dígale que es muy urgente.
- Un momento por favor. –Tras varios segundos.
- ¿Sí, dígame?
- Jaime…yo…ha habido un accidente y creo que he matado a una persona.
- ¿Dónde estás? ¿Qué ha ocurrido?
- Lo siento, debí confiar en usted pero, me informé en el pueblo del paradero de Ramiro y… vine a hablar con él cuando… descubrí algo muy importante para el caso. Lo que ocurre es que al verme se echó encima y… Ha ocurrido un trágico accidente. Estoy aquí, en casa de Ramiro; el novio de mi hija.
- No te muevas de ahí, no toques nada. Voy enseguida.

Tras colgar el auricular, Fernando recoge con un pañuelo todas las fotografías y el consolador, y lo coloca todo con mucho cuidado en la caja de regalos. La deposita encima de la cama con la tapadera abierta y tres de las imágenes estampadas en papel, las sitúa al lado de la caja de forma aleatoria. Desde la ventana, se escuchan las sirenas policiales. Fernando se deja caer sobre la pared asesina sentándose en el suelo y espera.

# CAPÍTULO V

- Hola buenos días, quisiera ver a mi padre; el comisario Morales.

Es Marta, la hijastra de Jaime. Se sienta en un sillón de espera, acomodando su bolso de joven universitaria a su lado. Coge una revista de la mesa y espera.

- Hola hija, ¿ocurre algo?
- ¡No!, simplemente quería decirte que hoy quiero ir al cine. ¿Te vienes? Te espero a que salgas del trabajo.
- Ufff, me encantaría cariño, pero ha habido más movimientos y necesito echar horas extras si quiero sacar algo en claro. Ve tú y disfruta.
- ¿Qué ha ocurrido ahora?
- No comentes nada, no quiero que esto transcienda. El novio de la chica asesinada, ha tenido un accidente y también ha muerto.
- ¡Joder, como está el pueblo! Esto se está pareciendo a una novela policíaca. ¡A ver si el asesino está buscando a vírgenes y bellas jóvenes para saciar sus pervertidos sueños, y ahora estoy en peligro yo!
- Ja,ja,ja, no creo, empiezo a pensar que esto es otra cosa. Pero bueno, tengo mucho que estudiar. Así que vete y disfruta de la peli y luego me la cuentas.
- Ok guapetón. ¡Hasta luego entonces!

Jaime, vuelve a la sala de interrogatorios. Allí, le estaban esperando el inspector de policía y Fernando Cepeda. Le estaban interrogando cuando los interrumpió Marta. Jaime se sienta junto al interrogado.

- Vamos a ver Fernando, seamos honestos. Todo esto no ha sido otra cosa que una venganza familiar, ¡reconócelo! Con un simple arrepentimiento y una buena conducta, la condena puede verse muy reducida.
- ¡Y dale la vuelta al jarro! De qué forma os digo que todo esto no ha sido más que un accidente.
- No me lo creo Fernando. Te voy a contar cómo ha ocurrido. Tú estabas muy dolido con tu hija por

haberse fugado con ese muchacho, que en paz descanse. Vas a Santa Catalina para exigirle que vuelva, porque tú no eres de los que ruegan, y te encuentras con la sorpresa de un inesperado nieto bastardo. Estamos en un pueblo pequeño Fernando, y todos sabemos tu incidente con Elizabeth en el bosque. –Jaime nunca se alteraba, por el contrario, se caracteriza por su temple y autocontrol- Reconoce que la relación con tu hija siempre ha sido muy tórrida. Al encontrarte con aquel cuadro, te marchas. Pero muy lejos de abandonar y lleno de ira, llamas a tu hija y quedas con ella. Tenemos una llamada tuya realizada ese día más o menos a esa hora a tu hija. Ella pelea contigo y te dice que irá, pero para acabar contigo para siempre. Tú no soportas eso e invadido por la locura la llevas al bosque. Ella asustada, se tira del vehículo y sale corriendo. Tú nervioso te topas con un árbol. Ella lleva su móvil en la mano, quiere hacer una llamada de socorro, de hecho la hace, pero por cuestiones obvias tiene que abortarla y seguir corriendo. Tú le das caza y la amarras de pies y manos desnuda a un árbol. Te cabreas con ella y la sometes a humillaciones de todo tipo, entre ellas la obligas a tragarse una caja de condones, le metes un consolador lleno de agujas para que sepa lo que es sufrir y en el clímax de tu propia locura; le cortas el cuello sentenciando que si no es para ti, no es para nadie.

Ahora cuéntame cómo te cargaste a Ramiro, ya que aunque no estaba premeditado, decides matarlo porque “si has matado a tu hija, cómo no vas a matarlo a él, y de camino te sirve de una coartada que sabías que no tenías”. ¡Venga, cuéntame Fernando! Sabes que ya está todo hecho.

- ¡Vete a la mierda!
- Te estás haciendo un flaco favor.
- Jaime te dije antes y te vuelvo a decir que yo no he matado a nadie. –Fernando estaba sudando, pero tampoco perdía la calma, es más, parecía algo mordaz.- Me encontré a una chica en el bosque, hice la denuncia en la comisaría. Me

entero que es mi hija y que estaba embarazada y preguntando a los vecinos me entero de la dirección de ese Ramiro. Me acerco, llamo y no contesta nadie. La puerta estaba encajada y empujándola entro. No encuentro a nadie. Llamo al chico por su nombre, mi única intención era simplemente preguntarle por cosas de mi hija. Nunca me he fiado de cómo lleváis los casos vosotros. Subo las escaleras y me lo encuentro mirando una caja de regalos. Me acerco sin que se dé cuenta, y me percato de las clases de fotografías que tiene en las manos. Bajo de nuevo y cojo un cuchillo de la cocina y la cuerda del cordel, ya que era obvio que él había asesinado a mi hija. Vuelvo con él y está viendo un consolador lleno de agujas. Los tira al suelo, supongo que por miedo a no saber qué hacer con las pruebas del delito. Reconozco que no pude reprimirme y le hinco el cuchillo en la pierna. Te juro que yo lo único que quería hacer era amarrarlo y llamaros para que vierais las pruebas. Pero se me echa encima y me hiere con el cuchillo. Tenía que quitármelo de encima Jaime. Simplemente le empujo y trágicamente se clava la nuca con una alcayata de la pared. Yo no tengo culpa de nada. Fue en defensa propia. Si me tenéis que demandar de algo, podría ser por allanamiento de morada, pero nada más.

- Ni nos ayudas a nosotros, ni te ayudas a ti. Pero si lo quieres así, así será. ¡Detenedlo por encubrimiento de datos, allanamiento de morada y obstrucción a la justicia. Encarcelamiento preventivo hasta que aclaremos todo esto.

# CAPÍTULO FINAL

Jaime sale de la sala de interrogatorios y se dirige a recepción. Quiere salir un poco para organizar las ideas. Quizá un largo paseo en coche le ayude a componer las piezas de un puzle cada vez más enrevesado. Se dispone a salir cuando el policía de guardia le indica que ha encontrado un bolso en el sofá de espera y cree que es de su hija. Lo recoge y sale de la comisaría.
Hace un día radiante. Los nubarrones y el viento han desaparecido. Se planteó pasear un poco. Pero comprendió que llamaría demasiado la atención. Se montó en su vehículo, conectó la radio y tras arrancar el motor, se dispone a ir a ningún sitio en particular.

Por otro lado, Fernando está en la sala de recogida de datos. Es domingo y sólo tiene dos policías de escolta. Uno está pendiente de sus movimientos y el otro le toma las huellas y le abre la ficha. Él no tiene ni un ápice de nerviosismo, muy al contrario bromea de vez en cuando con su situación. Escudriña toda la habitación con la mirada, y se detiene subrepticiamente en una pistola de clavos que sostiene un pequeño banco de trabajo. Se acerca disimuladamente a ella y simula tener un golpe de tos, aprovechando la sacudida para coger entre sus muslos la herramienta. Se queda un poco engarrotado y pide ir al servicio. Acceden y los dos policías le acompañan. Al girar en el pasillo a la derecha, aprovecha el movimiento para agarrar al de la retaguardia, le clava las manos en la puerta. Rápidamente y sin mover un músculo le pone la boca de la pistola a la altura del pecho al otro.

- Como te muevas, te juro que te lo clavo en el corazón.

Antes que conteste le golpea con fuerza en la cabeza y éste cae al suelo. Le coloca las esposas. Se ajusta la ropa, se limpia la yema del dedo y busca en el botiquín. No encuentra lo que busca. Sigue su búsqueda y en un cajón donde se guarda pequeños medicamentos y drogas encuentra el cloroformo. Sale de la sala y se acerca a la salida. Se coloca justo detrás del policía de guardia y en cuestión de segundos lo deja dormido. Sale del edificio con una solemne parsimonia.

Jaime conduce sin rumbo ni destino. Piensa en todos los acontecimientos para ver si encuentra algo que los una. No quiere culpar a nadie inocente, ni quiere que nadie culpable quede indemne. Suena el teléfono. Se palpa en la cartuchera del móvil, pero no vibra. El sonido proviene del bolso de Marta. Sin dejar de conducir abre el bolso y tras apartar una cinta de video, entre muchas otras cosas, encuentra el móvil y lo abre.

- ¿Sí dígame?

Nadie contesta. Sin dejar de preguntar de nuevo, cuelga el teléfono y lo vuelve a introducir en el bolso de su hija.

Fernando coge un taxi. Le indica una dirección un poco lejana, pero muy conocida para el taxista. Es la casa del comisario de policía.

Jaime llega a su casa. Es hora de preparar algo de comer. Son las ocho de la tarde y esperará a su hijastra para cenar juntos. Entra en la cocina y con el delantal puesto, comienza a cortar cebolla, ajos y pimiento para hacer un sofrito. Prepara unos calamares, ya que sabe que es el favorito de Marta. Vuelve a sonar el móvil de ella.

- ¿Sí dígame?
- ¿Jaime?
- ¿Marta?
- Sí, soy yo. Al final no he ido al cine. Me dejé el bolso en la comisaría.
- Sí, lo tengo yo. Lo tengo aquí en casa. ¿Te vienes entonces para acá ahora?
- Sí, estoy allí en diez o quince minutos.
- Vale guapa, te espero para cenar.

Jaime se sienta en el sofá. Se queda pensativo. No deja de darle vuelta a la cinta de video del bolso de Marta. Se decide y lo sustrae. Lo coloca en el video. Empieza a ver imágenes de su hijastra con amigas. Están en casa de una de ellas. Juegan, se divierten. En un momento inesperado, una chica aparece por una puerta de la derecha de la imagen. Se acerca a Marta y la besa en los labios. Es Elizabeth. No da crédito a sus ojos. Las demás amigas se van y las deja solas. Las dos chicas a solas comienzan a abrazarse. Se besan con lujuria. Marta le saca la camiseta a Elizabeth y deja que los jóvenes y firmes senos de ésta queden sin ataduras. Se agacha y los besa primero, para chuparlos después.

La puerta se abre. No recuerda haberla cerrado, pero un movimiento automático lo pone en alerta. El video sigue su curso. Tras la puerta aparece Marta. Entra con mucha calma. Parece que es consciente de la indiscreción de su padrastro al visionar ese video.

- ¡Conocías a Elizabeth!
- Sí
- ¿Por qué no me habías dicho nada?
- Porque nunca me lo preguntaste. –Se percata que estaba viendo su video- Nunca me tienes en cuenta para nada. Claro que la conocía. Jaime, ella era mi amante. –Avanza lentamente hacia el comisario- No te enteras de nada. Crees ser un buen policía y eres un pésimo investigador. Elizabeth me amenazó con abandonarme. Se había enamorado de ese estúpido con granos. Me dejó sin más. Como mis padres, como tú. Pero ya estoy harta de todos vosotros. Estoy harta de todo. –Jaime tantea debajo de la fumadora- Si buscas el revólver, lo tengo yo. –saca la mano que tenía escondida en la espalda, le apunta- A sido todo tan fácil, sois tan previsibles, tan estúpidos todos. Le mandé un mensaje al móvil para que lo viera el novio. Se cabrearon y ella salió corriendo de la casa. La llamé y se subió a mi coche. Nos fuimos al bosque. Allí intenté consolarla, pero ella me rehuía. ¡Otra que me subestima! Le hice pagar su traición. Después me lo puso más fácil el padre que milagrosamente apareció por allí. Soy hija de un comisario de policía, así que sé cómo entrar en una casa. En una casa como la del pavo ese y dejarle una caja llena de sorpresas. Nuevamente aparece ese loco, y me allana el terreno y sólo me quedabas tú. ¿Qué más me da una muerte que dos? Estoy harta de ti. De que seas un blandengue, un calzonazos, ¡un mierda!

Ella se pone justo delante de él. Le coloca el arma en la cabeza. Le coge la mano a Jaime y se la lleva a la entrepierna. Él se resiste y ella martilla el revólver. Cede. Ella hace que le toque la vagina.

- Está húmedo ¿verdad?, me pongo cachonda en estas situaciones.

Jaime aprovecha un segundo de distracción y con un golpe seco consigue que Marta deje caer el arma. Cae junto a la puerta de la cocina. La empuja y ella se agarra con las uñas en la cara de él. Le abre varios surcos de sangre en la cara y logra tirarlo al suelo también. Ella aprovecha la caída y le clava el tenedor de la chimenea en la pierna. Él grita de dolor y no puede moverse. Marta coge rápidamente el arma y apuntándole dispara.

Se abre la puerta y llama la atención de Marta. Es Fernando, que haciendo gala de sus rápidos reflejos, logra hacerse con una larga espada que tiene colgada en la pared. Marta le apunta y él rueda por el suelo y le da un toque con el lomo de la espada. Marta cae al suelo. Fernando le pisa la mano que porta el arma y le da una patada. Ahora se intercambian los roles. Fernando, la esposa y la introduce en su vehículo.

Se dirigen al bosque. Marta está esposada y con un enorme esparadrapo en la boca. Intenta gritar inútilmente. Se mueve sin resultados. Fernando conduce con toda la templanza que lo caracteriza. No tiene prisa, disfruta del momento.

Llegan al mismo lugar donde encontró a su hija. Saca a Marta del coche y la amarra al mismo árbol donde ella amarró a su antigua amante. Los brazos y las piernas atadas detrás del árbol y sostenida sólo por una cuerda que la mantiene por el cuello y dos bloques de hielo depositados debajo de cada pie. Debajo de ella le coloca la espada del padrastro. Lo hace incrustando la empuñadura en el suelo y la parte más afilada apuntando directamente a la vagina. Asegura la espada amarrándola también al árbol.

- Cuando sientas el frío de la espada en tu coño, acuérdate de mi hija, y de su puñetero padre.

Se aleja con el automóvil. Lo hace sin mirar atrás. Sin remordimientos. Sin falsos prejuicios, pues no los tiene. Simplemente introduce un CD en el equipo de música, y escucha su melodía preferida. Sus ojos, sin rastro de sentimientos, se pierden en lontananza.

© Francisco González Bretones.
3 de febrero de 2009